



La historiografía en torno de la clase dominante. Las tesis de Peña, Sábato y los debates recientes.¹

Graciela Pampin
AESIAL-IIIEP-FCE-UBA

Introducción

Durante las últimas décadas, las discusiones historiográficas acerca de las características del empresariado nacional se potenciaron. A medida que se consolidaba el modelo neoliberal y la Argentina se sumía en las crisis más grave de su historia, desde diferentes ideologías, historiadores, economistas y sociólogos reflataron las discusiones otrora olvidadas acerca de la clase dominante. Para muchos de ellos la discusión se centra en la etapa del modelo agroexportador, momento en el que se reunieron las características externas e internas para la implementación al fin de un proyecto económico acorde a los intereses de la clase dominante. Analizar cómo está conformada esa clase, qué características tiene, cuál es su comportamiento son algunas de las cuestiones que se plantean a la hora de comprender el derrotero de la economía, la política y la sociedad argentina. Las consecuencias de ello en el largo plazo y los beneficios que otorga a la sociedad en su conjunto son también punto de discusión.

Ahora bien, estas discusiones no son nuevas, durante los años sesenta y primeros setenta un grupo de intelectuales, en un contexto en el que se planteaban las posibilidades de desarrollo en América Latina, discutían acerca de la conformación de la clase dominante, el rol que había tenido en el devenir histórico y hasta qué punto esa clase era capaz de impulsar un proyecto que posibilitara la implementación de un capitalismo nacional que permitiera revertir la dinámica del subdesarrollo.

En los últimos treinta años del siglo XX la Argentina no sólo no alcanzó el desarrollo sino que se subdesarrolló aún más, ello no sólo reavivó los debates sino que le otorgó un nuevo impulso dándole

¹ Este trabajo fue escrito originariamente en 2007 en el marco de un seminario en la UNTreF dictado por Andrés Regalsky; luego recibió los comentarios de Jorge Schvarzer con quien estoy profundamente agradecida. Asimismo agradezco a Andrés Regalsky, Marcelo Rougier, Claudio Belini y a los integrantes del SIPROD por sus valiosas observaciones para la publicación de este documento.

una vigencia aún mayor. Si bien las discusiones en torno a estas cuestiones se reflataron, esto se hizo básicamente en forma de crítica a fundamentalmente dos intelectuales: Milcíades Peña y Jorge Sábato, quien por otro camino arribó a reflexiones similares al anterior.²

La mayoría de estas críticas surge desde los intelectuales que, en líneas generales, tienen una visión favorable respecto del comportamiento de los empresarios argentinos (ya sea industriales o agropecuarios), reconociendo en ellos a un sector emprendedor, fuertemente inversor y tomador de riesgo; en definitiva, a aquellos que hicieron posible el “exitoso” modelo de la Argentina durante la economía agroexportadora independientemente de las condiciones objetivas externas e internas favorables y de sus consecuencias en el largo plazo.

Unos pocos ejes de análisis fueron tomados de la obra de Peña en esta nueva discusión acerca de la clase dominante en la Argentina pero que creemos servirán para aclarar sus ideas. Por un lado, si se trata de un único grupo o de varios, si existe alianza o no entre ellos; por otro, y en función del anterior, el comportamiento de este/os sector/es, además de la posibilidad de generar o haber generado el desarrollo. Evidentemente estos ejes en los que hace hincapié la discusión conllevan al análisis de otros elementos que fueron tratados por Peña oportunamente pero que aquí se tocarán sólo tangencialmente en función de las variables consideradas.

El presente trabajo se propone, primero, revisar las tesis de Peña y en qué medida estas tesis pueden ser encadenadas a las de Jorge Sábato. Luego se analizarán algunas de las interpretaciones y críticas que en los últimos años se hicieron de ellas, fundamentalmente de aquellos autores que se han encargado de analizar desde una perspectiva historiográfica sus obras. Finalmente, se realizarán algunas consideraciones sobre el tema tratado en función de las diferentes líneas interpretativas.

Peña-Sábato: desmitificar la historia, comprender el presente, cambio social

Milcíades Peña

Tanto Milcíades Peña como Jorge Sábato indagaron en la historia argentina con un claro objetivo, la comprensión del presente y las posibilidades de transformación social. Desde diferentes contextos socioeconómicos bucearon en el pasado para descubrir las causas del “subdesarrollo” en nuestro país.

² Sábato desconocía la obra de Peña según se desprende de los comentarios de Jorge Schvarzer, quien había escrito junto a Peña y también tuvo oportunidad de discutir las tesis de Sábato. Schvarzer le confirmó en una entrevista a la autora de este artículo que Sábato había llegado a tesis similares a las de Peña en forma independiente. La misma idea puede encontrarse en Rougier (2008); en cambio Regalsky (2011) sigue insistiendo en la influencia de Peña en las interpretaciones de Sábato. Las ideas de Jorge Schvarzer, continuador de Peña, no son desarrolladas en profundidad en esta presentación ya que el autor analiza específicamente el sector industrial y toca tangencialmente y desde otro eje los temas aquí tratados.

Milcíades Peña realizó sus escritos hacia fines de los años cincuenta y primeros sesenta; en ese entonces la política económica había generado cierto crecimiento industrial y si bien se intentaba profundizar ese proceso existía una seria preocupación en el autor acerca de qué actor social sería el encargado de operar una verdadera transformación en la estructura económica que condujera al desarrollo.

Peña era bastante escéptico respecto a las posibilidades de desarrollo con las características estructurales que tenía la economía argentina. En este sentido planteaba que “El problema cualitativo de las deficiencias estructurales de la industria y de la economía argentina actúa como un freno para el mejor crecimiento cuantitativo de la producción industrial.”³ Porque para él, el crecimiento del sector industrial no es sinónimo de industrialización; ésta supone una revolución industrial con cambios profundos en la estructura económica: incremento de la composición orgánica del capital, que deviene en un incremento de la productividad; desarrollo de las industrias productoras de medios de producción, que crecen más, en términos relativos, que las productoras de bienes de consumo; y la tecnificación del sector agropecuario; pero también supone modificaciones en la estructura social (modificación de las relaciones de propiedad).⁴

Para Milcíades Peña, en la Argentina ninguno de estos cambios se produjeron de manera completa, por lo que el crecimiento industrial fue sólo eso, un crecimiento cuantitativo, “la instalación de algunas, en un país que carecía de fábricas, no significa que ese país se industrialice, del mismo modo que un grupo de árboles trasplantados a una planicie no constituye una selva.”⁵

En este punto los interrogantes que se plantean son ¿por qué la Argentina no se constituyó en un país industrializado? ¿Qué factores influyeron que lo llevaron al atraso? ¿Quiénes son los encargados de llevar adelante las transformaciones necesarias para lograr el desarrollo?

Para develar estos interrogantes y otros vinculados, Milcíades Peña comenzó su recorrido por la historia argentina desde la etapa de la conquista y colonización, en donde destaca las bondades de la pampa húmeda, sin metales preciosos y sin mano de obra indígena abundante, pero con “ese enorme océano de hierbas donde la teología vacuna, si la hubiera, colocaría seguramente el paraíso.”⁶ El autor destaca lo que más tarde Laclau y otros jerarquizaron en su análisis, las ventajas comparativas.⁷

Pero Peña avanzaba aún más, Buenos Aires, que subsumiría a las otras regiones de la Argentina,⁸ había nacido como una ciudad puerto con un *hinterland* sumamente fértil y altamente productivo por su naturaleza, que coadyuvaron a generar el nacimiento, crecimiento y enriquecimiento de una burguesía

³ Peña (1986), p. 90.

⁴ Esta idea será retomada por otros autores, por ejemplo Murmis y Portantiero (1971); estos autores se esfuerzan por diferenciarse de Peña y presentar una hipótesis original sobre la base de los desarrollos teóricos de Gramsci; sin embargo sus argumentos reafirman las tesis de Peña.

⁵ Peña (1986), p.63.

⁶ Peña (1973a), p. 67.

⁷ Laclau (1975).

⁸ Esa idea será retomada por O'Donnell (1977), entre otros.

terrateniendo vinculada a una burguesía comercial por lazos sanguíneos y económicos. No obstante, esa actividad ganadera no constituía (en principio) una actividad productiva sino más bien extractiva; la apropiación de tierras se produce no por la tierra misma sino porque sobre ellas estaban las vacas y éstas eran las portadoras del cuero que demandaba el mercado internacional y que requería la burguesía comercial para mantenerse inserta en ese mercado.

Así Peña destaca, para la época colonial, dos sectores sociales, la burguesía comercial y la terrateniente, pertenecientes a la clase dominante y fuertemente vinculadas entre sí con confluencia (concuencia/convergencia) de intereses y, desde sus inicios, fuertemente vinculadas al mercado externo. Es por ello que la burguesía que se consolidó fue la comercial e intermediaria con el comercio exterior.

Esta burguesía comercial porteña acompañada por la terrateniente llevaron adelante el proceso de la denominada “Revolución de Mayo” con el fin de eliminar el intermediario en que se había constituido la metrópoli española con el comercio exterior, no se trataba de modificar las estructuras sino de tomar el poder en la región y mantener el *statu quo*.⁹ Para Peña, más tarde (en la etapa rosista) se consolidó la burguesía terrateniente porteña -ubicando a Anchorena como ejemplo de ellos- incrementando “su acumulación de tierras, vacas y peones y patacones, es decir, aceleran y consolidan la acumulación de su capital, que está íntimamente ligado a la producción nacional, que no depende de la industria extranjera, como el capital comercial, y que habrá de ser por mucho tiempo la columna vertebral del capitalismo argentino. Porque en Argentina (...) el capitalismo, y sobre todo el capitalismo vinculado a la producción va del campo a la ciudad, no a la inversa. Las grandes fortunas originadas en la producción no brotan de la industria –puramente artesanal- sino de la ganadería, o de esa industria íntimamente vinculada a ella que es el saladero.”¹⁰ Este sector de la clase dominante, por la ubicación geográfica y su cercanía al principal puerto de la región y su aduana, no tiene un proyecto de integración nacional.

Con Mitre, es la burguesía comercial la que impone su proyecto de unidad nacional, con base en la necesidad de ampliar el mercado interno para el intercambio de mercancías con el exterior conjuntamente con la burguesía terrateniente del Litoral; y precisamente un representante de la burguesía comercial es Anchorena.

Rosas o Anchorena; para Peña en algunas ocasiones son las mismas personas las que actúan en distintas actividades; en otras, como dijimos, si bien son personas distintas están unidas por lazos co-

⁹ “¿Revolución? ¿Revolución contra quién? ¿Contra el Rey? Estaba prisionero y cautivo. ¿Contra las Juntas españolas que lo representaban? Ellas mismas habían invitado a Sudamérica a crear Juntas de su especie ¿Contra la ley? La ley misma autorizaba esas juntas ¿Contra los virreyes y los representantes del rey? Ellos mismos renunciaban su poder y convidaban al pueblo a crear Juntas Gubernativas ¿Contra los Cabildos? Los Cabildos nombraban las Juntas...” Alberdi, citado en Peña (1973a), p. 79.

¹⁰ Peña (1973a), pp. 58-59. El capital recorre el camino inverso que en el capitalismo clásico, para un análisis más detallado de ese proceso véase Marx (1973), cap. 24 y Pucciarelli (1986).

merciales, financieros, sanguíneos, entre otros. Como veremos más adelante este punto será de crucial importancia para discutir (revisar) la tesis de Jorge Sábato.

La modificación del contexto internacional en la segunda mitad del siglo XIX y las posibilidades que abría ese mercado permitieron que la oligarquía porteña (comercial y terrateniente) se consolidara y lograra imponer un proyecto de crecimiento que cristalizó con el modelo agroexportador.

Pero bajo las condiciones anteriormente descritas este modelo, si bien capitalista, quedaba atrapado dentro de los parámetros del capitalismo dependiente.¹¹ Argentina, o mejor dicho la pampa húmeda, logró su plena inserción en el mercado mundial como proveedor de materias primas y alimentos (hecho que beneficiaba a la oligarquía terrateniente) y como importador de manufacturas (hecho que beneficiaba a la oligarquía comercial) y capitales (situación que beneficiaba a ambos) cuya principal nación compradora-vendedora-financiera era Gran Bretaña, la primer potencia mundial de la época. Entonces esta clase dominante no sólo se consolidó como clase social sino que lo hizo, entre otras cosas, a través de sus lazos con el capital financiero internacional.¹²

En el análisis de Peña, Argentina pertenece a los países atrasados denominados “neocapitalistas”; estos son aquellos que “desde el punto inicial de su historia han estado vinculados al mercado mundial, y todo su desarrollo ha sido, precisamente, un aspecto de la expansión del mercado mundial (...) los terratenientes son desde un principio productores de mercancías y explotan comercialmente sus tierras (o lo que hay sobre ellas, vacas por ejemplo). Ellos son los primeros grandes capitalistas de estos países, y ellos son los que financian con sus capitales los primeros estadios de pseudoindustrialización.”¹³ El autor suma un nuevo actor social, integrante de la clase dominante, y que nació vinculada al capital financiero internacional: la burguesía industrial.

He aquí uno de los puntos clave que plantea Peña para comprender el derrotero de la economía argentina y aquel que ha convocado al debate en los últimos años: la conformación y consolidación de la clase dominante.

La burguesía industrial surge con un horizonte sumamente estrecho, el abastecimiento del creciente mercado interno, en la producción de ciertos bienes de consumo (en general no durables), ac-

¹¹ Esta idea será claramente retomada y desarrollada por Pucciarelli (1986).

¹² Los vínculos con el capital británico han sido estudiados entre otros por Ferns (1968) y Regalsky (1986).

¹³ Peña (1973b), p. 9. Peña redefine las categorías de la Tercera Internacional a comienzos de los años veinte que hablaba de países atrasados y semicoloniales, y en donde la burguesía aparecía vinculada a los terratenientes y al imperialismo y de los últimos escritos de Mariátegui, para quien es imposible toda identificación de la burguesía latinoamericana como revolucionaria; donde el desarrollo capitalista dependiente se ha acoplado perfectamente con formas de producción precapitalistas y con el latifundio, por lo que la burguesía industrial ha quedado bajo la hegemonía de los terratenientes y el imperialismo. Véase por ejemplo Mariátegui (1929). De este diagnóstico se desprende que la tarea política es la lucha antiimperialista sobre la base de los obreros y los campesinos, en este sentido podríamos decir que su marxismo no es “trágico” sino que, por el contrario, permitiría avanzar aún más en un desarrollo independiente hacia el socialismo. Lenin había hecho referencia a algunos países latinoamericanos como “casi colonias.” Lenin (1983), p. 100.

tuando en situación monopólica y amparada por el Estado.¹⁴ Sus reducidos objetivos están dados por sus orígenes y podríamos inferir que este sector social logra su acumulación originaria de capital en las actividades comerciales, agropecuarias o financieras.

Peña reconoce que la burguesía industrial y la burguesía terrateniente están fuertemente imbricadas “La burguesía industrial argentina no ha nacido desde abajo, siguiendo el largo y complejo desarrollo que va del artesanado a la gran industria, creciendo autónoma (...) La burguesía industrial argentina ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación en su seno. Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separa, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes.”¹⁵ De una idea similar partirá Sábato para su análisis de las relaciones al interior de la clase dominante.

Antes que Peña, Dorfman había hecho referencia a la temprana conformación de la UIA y destacaba que en su directorio se encontraban algunos de los principales nombres representativos de la oligarquía estanciero-comercial. Peña rescata precisamente esta interpretación de Adolfo Dorfman, a la que suma otros estudios y fuentes primarias analizadas por él para sus aseveraciones; es decir, utiliza la base empírica disponible en ese momento hecho que sus críticos contemporáneos y posteriores han soslayado o ignorado en sus comentarios.¹⁶

Ahora bien, si la burguesía industrial surge en estas condiciones y adquiere estas características, qué tipo de comportamiento tiene, cuáles son sus intereses en largo plazo y, en función de ello, cuál es el desarrollo que puede imprimirle al capitalismo en la región.

En este punto debemos destacar una interesante interpretación de Milcíades Peña que permite dilucidar algunos de estos interrogantes. El autor plantea que existe una “*unidad* económica y social entre terratenientes e industriales. Pero *unidad no es sinónimo de identidad*. Los industriales producen para el mercado interno de los países atrasados los terratenientes para el mercado mundial.”¹⁷

Entonces, en vez de constituirse en dos sectores antagónicos lo hacen como complementarios. Lejos de buscar un cambio de la estructura económica y social, los industriales y los terratenientes luchan con la pseudoindustrialización o con el capitalismo atrasado (otro concepto utilizado posteriormente por Pucciarelli); las divisas que obtiene la burguesía terrateniente exportadora son necesarias para que los industriales puedan obtener los medios de producción en el exterior, que a su vez genera una dependencia mayor de nuestra economía y profundiza la pseudoindustrialización; por eso el sector in-

¹⁴ En esta línea de interpretación sobre el sector industrial ha sido desarrollada por Schvarzer y queda claramente delineada en Schvarzer (1996).

¹⁵ Peña (1974), p.23.

¹⁶ Dorfman (1970). Para un análisis detallado acerca de la UIA en esta misma línea interpretativa véase Schvarzer(1991).

¹⁷ Peña (1973b), pp. 7-8. La cursiva es nuestra.

dustrial cuanto más crece más débil es. A los terratenientes ese crecimiento industrial les es funcional en la medida en que permite negociar en mejores condiciones ante los compradores internacionales ya que se valorizan sus productos en base a la consolidación del mercado interno. “La vinculación financiera entre ambas clases, por la territorialización de la ganancia industrial y la capitalización de la renta agraria, hacen el resto en cuanto a la soldadura de sus intereses económicos (...) y ambos se entroncan por las cúspides.”¹⁸

En este sentido el autor destaca las interpretaciones de Marx acerca de que “la progresiva interpenetración de intereses entre los terratenientes y la burguesía industrial es una ley de tendencia del desarrollo capitalista” en base a la diversificación de los capitales la cual diluye los antagonismos.¹⁹ De esta manera, Peña inserta el análisis en un marco más amplio y abre el juego a la posibilidad de análisis comparativos. Entonces los conflictos entre ellos son leves, coyunturales, “quedan en familia”; la *unidad* es lo que predomina en el largo plazo.

De la misma forma, esa unidad de intereses se manifiesta entre la clase dominante nacional y la burguesía de la metrópoli con predominio, como socio mayoritario, de esta última; esa unidad se basa en la apropiación de la plusvalía producida en los países atrasados.

Ahora bien, si esa unidad se mantiene en el largo plazo no por ello se presenta siempre de manera estable y pacífica sino que esta condición se modifica de acuerdo a las cambiantes coyunturas. En un momento marcado por el crecimiento económico el reparto de la plusvalía se hará de la manera más pacífica porque hay riqueza para repartir; sin embargo en las épocas de crisis, cada uno de los socios intentan reducir al máximo sus pérdidas y es en ese momento cuando aparecen los roces y conflictos entre ellos. Así la clase dominante local se muestra, sólo en apariencia, como antiimperialista y nacionalista. Esos conflictos entre la clase dominante local y la metrópoli en los momentos de crisis también tendría su correlato al interior de las clases dominantes, reafirmando que la “unidad no es sinónimo de identidad”, por ejemplo en los años noventa del siglo XIX luego de la crisis surgen una serie de conflictos entre los industriales y los sectores terratenientes destacados por Peña cuando analiza la crisis del treinta y que han sido la base de análisis de Roy Hora para discutir precisamente la tesis de Peña al destacar la intensidad de esos conflictos. No obstante queda claro que es esa una situación particular de crisis que pronto desaparece y como el mismo Hora advierte hacia 1905 el consenso predominó más que el conflicto.²⁰

Esta interpretación fue utilizada por Peña para analizar la reorientación de la economía luego de la crisis de 1930. Ante el cierre del mercado internacional (que en apariencia perjudicaba particularmen-

¹⁸ Peña (1973b), pp. 8-9.

¹⁹ Peña (1973b), pp. 9-10.

²⁰ Un caso que podría servir para analizar esta relación es la reciente crisis del 2001 en la Argentina. Lo cual también nos permitiría observar el mantenimiento de ciertos rasgos estructurales de la economía argentina, de la clase dominante local y sus relaciones con las potencias mundiales.

te a la Argentina por el Pacto de Ottawa firmado por Gran Bretaña), la caída de los precios agropecuarios y las obligaciones de pago de la deuda externa, entre otros, la burguesía terrateniente buscó “apoyo en el mercado interno mediante el fomento de la industria.” Esta situación les permitió colocar sus productos disminuyendo los riesgos que presentaba el mercado internacional, negociar en mejores condiciones la colocación de los mismos, disminuir el drenaje de divisas a través de la balanza comercial y así mejorar la situación del balance de pagos.²¹ De este modo, para Peña el crecimiento industrial era funcional a los intereses de la burguesía terrateniente.

De acuerdo al autor, es imposible y un absurdo histórico que la burguesía industrial, que nació y creció de la mano de la burguesía terrateniente y se consolidó precisamente a través del impulso que ésta le otorgó luego de la crisis del treinta, pueda llevar adelante un proyecto nacional que genere cambios estructurales capaces de salir de la pseudoindustrialización; sus intereses son de corto plazo y acoplados a la estructura productiva y económica vigente. La burguesía argentina (o cualquiera de sus fracciones) surge en un contexto determinado y bajo condiciones socioeconómicas objetivas concretas por lo tanto sería anacrónico tratar de buscar en ella las características y comportamientos de la burguesía inglesa, norteamericana, entre otras.

Jorge Sábato

Por su parte, Jorge Sábato indaga en el pasado desde un contexto diferente al de Milcíades Peña, aunque sus interrogantes no lo son tanto. Hacia 1979 el ministro Alfredo Martínez de Hoz, durante la dictadura de Jorge Videla, había comenzado a implementar su política económica de desindustrialización, no es claro hasta qué punto Sábato logró descubrir en su totalidad la orientación de esa política, lo cierto es que él escribe en un momento muy particular: el de la “bicicleta financiera”. La industria no sólo no crecía sino que decrecía, las importaciones de bienes terminados se incrementaban día a día y la “gran burguesía industrial” se inclinaba más hacia la especulación que ofrecía el nuevo mercado de capitales que hacia las actividades productivas, lo que demostraba cierta flexibilidad en su comportamiento.

En este contexto Sábato parte de una premisa en su análisis que lo llevó a indagar acerca del comportamiento de la clase dominante: crisis económica e inestabilidad política son las dos características de la Argentina; por qué se producen ambas de manera recurrente.

²¹ Idea de Peña retomada por Murmis y Portantiero. Estos autores demuestran cómo la burguesía terrateniente incorpora luego de la crisis del treinta a la burguesía industrial en su proyecto y es en esta etapa donde se cristaliza más nítidamente esa relación. En un recorrido historiográfico los autores analizan la visión de Peña y destacan la supuesta idea de “fusión” (que, como vimos, Peña no planteaba) entre las dos fracciones de clase (terrateniente e industrial), un típico instrumento intelectual que será una constante en la historiografía argentina tanto para diferenciarse del análisis de Peña (como en este caso) como para denostarlo.

En su recorrido por la historia argentina el autor comienza analizando sintéticamente la etapa colonial y parte del siglo XIX, para centrar su análisis durante la etapa del modelo agroexportador que para el autor es, al igual que para Peña, la etapa en la que se consolida la clase dominante. Precisamente en este punto se basa su tesis; las características que adquiere esta clase y las consecuencias económicas, políticas y sociales de su comportamiento ya sea en el largo plazo como en la sociedad en su conjunto.

En *La clase dominante en la Argentina moderna*, su obra principal, Sábato (atendiendo al fuerte condicionamiento geográfico al igual que Peña) profundiza en el análisis de la pampa húmeda y las ventajas comparativas y el uso que de esa tierra hacen los propietarios. Para ello, el autor juega permanentemente con el cómo hubiera sido y el cómo fue, realizando un profundo análisis agronómico y económico de la región; los posibles usos de la tierra y las formas de apropiación y propiedad fundamentalmente. Con ello descartaba de manera tajante las interpretaciones que sobre el agro y los terratenientes se habían realizado, principalmente aquellas que consideraban los comportamientos feudales de la llamada oligarquía. Al igual que Peña desechaba cualquier posibilidad de feudalismo en la región.

Según el autor, la ciudad de Buenos Aires nació como puerto y la actividad comercial fue la más importante consolidándose así una burguesía comercial abierta a las posibilidades que ofrecía tanto el mercado externo como el interno (vinculado fundamentalmente a la economía altoperuana). No obstante ello, la apropiación de tierras durante la colonia fue una constante vinculada a la creciente demanda de cueros por parte del mercado internacional. Así, una incipiente burguesía terrateniente comenzó a crecer fuertemente vinculada al mercado internacional desde sus orígenes, tal como lo plantea Peña, y a la burguesía comercial.

Luego, el autor destaca los sucesivos “booms” por los que atravesó la economía argentina durante el siglo XIX (cuero, tasajo, lana, carne y cereales) y cómo a partir de ellos se fortalecieron los lazos con el mercado internacional. Ahora bien, ¿hubo algún sector que fuese capaz de ofrecer un producto en virtud de la demanda internacional y cambiar repetidas veces en un lapso de tiempo muy corto su oferta?

Para Sábato la respuesta está en aquel sector que por la naturaleza y por la diversificación de sus actividades pudiera, con mínimos cambios y máxima funcionalidad, ajustarse a esa cambiante/fluctuante demanda; un sector con un comportamiento “flexible”. Este sector fue el que se consolidó como dominante durante el modelo agroexportador, cuyo mecanismo más importante lo constituyó una nueva forma productiva: la estancia mixta. Una adaptación más a los cambios en la demanda internacional que ahora requería cereales y carne.

A partir de aquí, el autor realiza un minucioso análisis agronómico de la llanura pampeana: su estructura productiva, uso y distribución de la tierra, uso del capital, diferentes actividades del sector, su rentabilidad, entre otros. Este examen le permite explicar el porqué de la racionalidad económica que

llevó a que la ganadería de invernada fuera colocada como la actividad en la cual se articulaba la producción agropecuaria manteniendo un carácter mucho más comercial que productivo, ya que “en la invernada lo determinante era el costo de oportunidad de una colocación de capital a corto plazo sin que ella se encadenara con un proceso productivo específico de mayor alcance”.²²

La triangulación que se produce entre los actores sociales vinculados a la estancia mixta, invernadores-arrendatarios-criadores, permitía que los primeros, ubicados en la cúspide social, aprovecharan al máximo el auge de cada actividad descargando los riesgos y perjuicios sobre los otros sectores sociales, subordinados a él. En función de ello las dos actividades fundamentales del sector eran controladas por un solo grupo social, los invernadores, que es multisectorial y esto otorgaba la posibilidad de reasignar factores en forma flexible; de ahí que la clave estaba en el capital en forma de dinero y no en su forma productiva.

Así, estos empresarios capitalistas actuaban atendiendo a las necesidades del mercado, aminorando al máximo los riesgos, y no a las necesidades productivas; de ahí que fuera económicamente racional la complementariedad entre la agricultura y ganadería de invernada, provocando desplazamientos entre una y otra según las necesidades del mercado (específicamente del internacional), y la menor inversión de capital fijo posible ya que esos desplazamientos debían producirse rápidamente. Así mucha tierra/poco capital sería la fórmula que asegure rentabilidad y disminuya los riesgos al máximo. Si bien esta fórmula fue racional para el corto plazo y para los intereses de esa fracción de clase (los invernadores), en el largo plazo provocó el estancamiento del sector agropecuario, por la explotación extensiva de la tierra y por la escasa incorporación y desarrollo de tecnología, cada vez más lejana a la frontera internacional a la vez que generaba una estructura económica vulnerable y con crecimiento limitado.

De esta forma los invernadores podían sortear más fácilmente la inestabilidad del mercado internacional y las propias del sector agropecuario, al mismo tiempo que la tierra le otorgaba una renta segura que sería invertida en las múltiples oportunidades de negocio que ofreciera el mercado, ya sea en actividades industriales, comerciales, de servicios y/o financieras; aprovechando las oportunidades de negocios que se presentaban, y podían hacerlo por el conocimiento que le otorgaban los vínculos o sus posiciones sociales y políticas. El capital va del campo a la ciudad, tal y como planteaba Peña, consolidando un capitalismo atrasado.

Si la burguesía terrateniente e industrial estaban constituidas por las mismas personas no es lo relevante; en algunos casos, como el de Tornquist, las inversiones eran realizadas en diferentes sectores, en otros casos si bien podría haber una diferenciación mayor entre ellos de todos modos estaban íntimamente ligados por lazos comerciales y financieros (eran los socios, parientes, etc.) y participaban de los mismos círculos sociales conformando una verdadera elite. El “saber o no saber” se vuelve crucial a

²² Sábato (1991), p. 91.

la hora de definir las inversiones, y esto es posible gracias a esos lazos, y su realización concreta gracias a las posibilidades de obtener capital líquido de la forma más rápida posible.

Los críticos

Peña y Sábato no rescataron al modelo agroexportador como la etapa dorada de la economía argentina, tampoco vieron a los empresarios locales como los portadores del progreso y del desarrollo nacional. Al mismo tiempo se apartaron de las visiones más tradicionales de la izquierda dando una lectura renovada de la historia, mucho más compleja y en perspectiva.

Las mayores críticas a sus obras aparecieron desde perspectivas ancladas principalmente en el liberalismo, fundamentalmente a la obra de Sábato y también a quien ha complementado sus tesis desde el sector industrial, Jorge Schvarzer.

Roberto Cortés Conde alude a la tesis de Sábato como una vuelta de tuerca, rescatándola como una visión novedosa, a la planteada por Laclau con respecto a las ventajas comparativas de la pampa húmeda y a la consiguiente renta diferencial. Sin tomar posición al respecto en “La historiografía argentina en los últimos años” muestra de manera sintética las conclusiones del autor.²³

Por su parte, Fernando Rocchi rescata la visión de Peña como una “vibrante tradición intelectual” y destaca del autor “su brillantez y frescura (...) que se lanzó a un desafiante trabajo empírico y reflexivo, mostrando el funcionamiento de una burguesía que se diversificaba en el agro, la industria, el comercio y las finanzas, tanto como se ligaba al capital extranjero.”²⁴

A su vez, Rocchi visualiza a Jorge Sábato como continuador de la obra de Peña ya que “avanzó donde Peña se había detenido y mostró a una clase dominante y unificada desde los mismos comienzos de la Argentina moderna, llevando el desafío de una perspectiva tan novedosa a límites todavía más amplios.”²⁵ Y destaca que “el caso de los industriales se ajusta de manera notable a la tesis de Sábato del empresario implantado en múltiples sectores económicos.”²⁶

Pero en la lectura que Rocchi realiza a partir de la obra de Sábato con respecto a las inversiones de capital fijo infiere que según él “la estrategia de la clase dominante era evitar inversiones a largo plazo”;²⁷ lo cual replica destacando las fuertes inversiones de capital fijo que realizaba la clase dominante en el sector industrial y justifica, desde una visión tradicional, la falta de mayores inversiones en un mercado interno reducido.

²³ Cortés Conde (1990).

²⁴ Rocchi (1996), p. 70.

²⁵ Rocchi (1996), p. 71.

²⁶ Rocchi (1996), p.71.

²⁷ Rocchi (1996), p.76.

Precisamente el punto de discusión no está en el hecho de si la clase dominante realiza o no inversiones fijas de capital, se da por sentado que si este grupo realizó inversiones en el sector industrial estas eran fijas, algunas podrían ser a mediano y otras a largo plazo; la cuestión radica en que estas inversiones constituyen para este grupo una alternativa más de inversión que, en líneas generales, se realizaban en condiciones favorables, como se encargó de demostrar Jorge Schvarzer, por ejemplo, al analizar la errática política arancelaria del período que en ocasiones facilitaba el arancel cero para los insumos necesarios para determinadas industrias y a la vez imponía muy altos aranceles para los bienes finales.²⁸

Para Sábato la clase dominante no elude ninguna inversión en capital fijo siempre y cuando tenga el menor riesgo o la ganancia asegurada, simplemente intenta conservar la mayor liquidez posible para asegurarse la realización de los negocios, ya sea en el sector industrial, agropecuario, financiero o comercial; en palabras del autor “jamás afirme que “la manufactura (fu)era evitada por la élite”... Por el contrario,... insistí en que estos grupos no tenían prejuicio alguno contra lo que diera buenas ganancias, fuera industrias, obras públicas, vacas, trigo, prostíbulos o conventillos.”²⁹ Por otra parte, cabe aclarar que las inversiones de capital en el sector industrial por importantes que hayan sido no lograron modificar la composición orgánica del capital.³⁰

Si para Rocchi la definición por parte de Sábato de este grupo como “clases dominante” evitaba discusiones teóricas sobre la burguesía, nosotros creemos que, por el contrario, toma una definición al respecto; al igual que para Peña la clase dominante está constituida por los propietarios de los medios de producción y de esta forma tempranamente muestra de manera sutil lo que profundizará a lo largo de su trabajo, difícilmente pudiera referirse a burguesía terrateniente o burguesía industrial debido al entrelazamiento que existe entre estos grupos durante el período analizado; de todos modos en su obra, Sábato hace un exhaustivo análisis de una fracción de esta clase, los invernadores.

Rocchi reconoce los límites que impone en el análisis de Jorge Sábato “el marco comparativo de los ‘países nuevos’”, aunque no por ello desdeña su fuerza explicativa, y propone avanzar en estudios comparativos a nivel latinoamericano debido a que “en las conclusiones de Sábato (...) encontramos un fructífero camino para sumergirnos en ese marco”³¹ fundamentalmente desde dos ejes de análisis: el de la composición y comportamiento de las clases dominantes de América Latina y la relación entre esas clases y los estados nacionales. Es decir, Rocchi propone como agenda de trabajo avanzar en estudios que retomen las tesis de Sábato y profundizar el análisis.

²⁸ Schvarzer (1996) y especialmente Schvarzer (1993).

²⁹ Sábato (1995), p. 215.

³⁰ Esta situación, como vimos, había sido analizada y destacada por Peña.

³¹ Rocchi (1996), p. 82.

Hasta aquí encontramos que Rocchi mantenía cierta visión positiva del pensamiento de Peña y de Sábato, sin embargo artículos posteriores escritos con María Barbero no sólo son sumamente críticos de los estudios realizados por esos autores sino que son contradictorios y presenta una interpretación muy esquemática y simplificadora del, fundamentalmente, pensamiento de Sábato.

En un artículo de 1995, María Barbero destaca la línea interpretativa de Jorge Sábato, sin tener la carga negativa que observaremos en otros textos posteriores; de hecho más allá de algunas críticas como ser “una fuerte orientación teórica y una evidencia empírica limitada” rescata esta visión sobre el empresariado nacional como una “perspectiva innovadora” al igual que lo había hecho Cortés Conde y Rocchi anteriormente. Cabe destacar que, inicialmente, la autora no relaciona las ideas de Sábato con las de Milcíades Peña, de hecho ni siquiera menciona a este último ni lo tiene en cuenta en su análisis historiográfico.³² Solo después Peña será reconocido como un antecedente importante de Sábato pero ahora ya ambos autores enmarcados no como innovadores sino como “pesimistas” en su visión de los empresarios argentinos.³³

En “Empresarios, empresas y organizaciones empresarias” Barbero y Rocchi describen, entre otras cosas, las diferentes interpretaciones historiográficas sobre los empresarios. Los autores rescatan el pensamiento de Peña como “la tesis más innovadora” de los años sesenta y destacan que en su “interpretación cobró forma la idea del empresario multiimplantado que, al poseer intereses de diversas actividades económicas, no respondía a ninguna lógica sectorial. Sus trabajos polemizaban con la izquierda tradicional (comunistas y socialistas) y con la izquierda nacional, intentando desmitificar la supuesta contradicción entre la burguesía industrial y la clase terrateniente, mostrando y enfatizando el entrelazamiento de sus intereses. Utilizaba el concepto de “clases dominantes”, remarcando la unidad pero no la identidad entre ambos sectores.”³⁴

Como mencionamos anteriormente, creemos que Peña no determina si son o no las mismas personas las que invierten en diferentes actividades, el autor no hace referencia a un “empresario multiimplantado”, precisamente la “unidad” de intereses que destacan los autores hace referencia a que no necesariamente son los mismos sino serían “idénticos”. Por otra parte, la contradicción entre la burguesía

³² Barbero (1995).

³³ El uso de estas categorías de pesimistas y optimistas no es original. Remite al intenso debate entre “optimistas” y “pesimistas” respecto a las condiciones obreras inglesas de la primera mitad del siglo XIX; en otras palabras lo que Barbero hace es trasladar esas categorías a los estudios sobre la realidad argentina.

³⁴ La misma frase se repite en Barbero y Rocchi (2002), p. 208; y Barbero Rocchi (2004), p.130. Prácticamente la misma expresión aparece también reproducida en Barbero (2006), p. 158. Regalsky (2005) señala que Peña “polemizaba con la izquierda tradicional (comunistas y socialistas) y sobretudo con la nueva izquierda nacional, intentando desmitificar la supuesta contradicción entre la burguesía industrial y la clase terrateniente, y mostrando el entrelazamiento de sus intereses”, p. 276. Como se advierte esta frase es idéntica a la de Barbero y Rocchi; de todos modos es muy probable que estos últimos hayan tomado una versión preliminar y mimeo del trabajo de Regalsky y no viceversa.

industrial y la terrateniente que plantearían otros historiadores debería ser matizada ya que sus análisis, como tampoco el de Peña, resultan tan esquemáticos como aparecen acá.

Derivada de la visión de Peña aparece la de Jorge Sábato con la “idea de una ‘clase dominante’ diversificada en varias actividades que se comportaba con un mentalidad más comercial que productiva, procurando mantener el mayor capital líquido posible y manteniendo bajos niveles de inversión”.³⁵ Paradójicamente los mismos autores, que aparentemente estarían criticando esta interpretación, en el mismo artículo afirman la existencia de grupos altamente diversificados a principios del siglo XX, en donde “todos tenían inversiones en el comercio, las finanzas, la actividad agropecuaria y la industria.” Que se producía, en el largo plazo, aprovechando las oportunidades de negocios como una diversificación “desde la actividad comercial original”.³⁶ Para ellos, durante el modelo agroexportador “el industrial típico es Ernesto Tornquist -un hombre de negocios dedicado a varias actividades-” precisamente uno de los casos que toma Sábato para ilustrar su tesis, como así también Schvarzer.³⁷

Pero aparecen otras críticas que denotan cierta animosidad hacia la obra de Sábato, por ejemplo expresiones como las que se refieren a la falta de sustento empírico: “se evidencia una fuerte confrontación entre un modelo hipotético-deductivo, enraizado en la tradición de la izquierda argentina, y una forma de concebir a la labor histórica que sigue un camino opuesto de construcción inductiva a partir de la evidencia ofrecida por las fuentes.”³⁸

Parece ser ésta una aseveración un tanto despectiva acerca de los intelectuales de izquierda y la labor realizada por ellos en las ciencias sociales, en este caso aparentemente los historiadores habrían estado haciendo historia virtual y sólo aquellos *enraizados en la tradición de la derecha argentina* habrían sido los únicos en realizar investigaciones empíricas. Evidentemente, los autores realizan una traslación desde el campo metodológico al ideológico, al parecer ese es el verdadero problema. Por otro lado, no reconocer la validación empírica, que puede no ser todo lo completa que se desee, es desconocer la labor del equipo de trabajo que acompañó a Sábato durante las investigaciones que se llevaron a cabo para la elaboración de sus tesis.³⁹

Como sabemos, Jorge Sábato analiza el caso argentino, desde determinados ejes de análisis y para un período aunque sus relaciones y conclusiones avancen en un análisis de largo plazo, como hicieron y hacen numerosa cantidad de científicos sociales en sus estudios; sin embargo se cuestiona en el autor

³⁵ Barbero y Rocchi (2002), p. 208; y en Barbero y Rocchi (2004), p.13. Prácticamente la misma expresión aparece también reproducida en Barbero (2006), p. 158.

³⁶ Barbero y Rocchi (2002), p. 194

³⁷ Barbero y Rocchi (2002), p. 188. Véase Sábato (1991), pp. 196-200, y Schvarzer (1996), p. 95.

³⁸ Barbero y Rocchi, (2004) p. 132, y en Barbero (2006), p. 160.

³⁹ También se ha mencionado recurrentemente que las obras de Schvarzer eran un análisis a vuelo de pájaro, en este sentido debemos recordar que tan sólo los archivos que este autor tenía en su poder y que fue conformando a lo largo de su carrera académica constituyen hoy el centro de documentación del CESPA de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA y como ha notado Rougier (2008) en él se encuentran numerosos documentos de primer orden subrayados y con observaciones de puño y letra de Jorge Schvarzer.

“la falta de una visión histórica comparada, a partir de la cual el caso argentino es único en cuanto a la presencia de empresarios con inversiones diversificadas, y esta supuesta especificidad es esgrimida como un argumento central a la hora de explicar la declinación de la segunda mitad del siglo XX.”⁴⁰ Recordemos que previamente Rocchi había resaltado las posibilidades que abrían las tesis de Sábato para una historia comparada, hasta ahora queda pendiente a sus críticos la tarea de realizar esos estudios comparados que tanto reclaman.

Nos llama la atención este tipo de observaciones ya que, como dijimos antes, uno de los autores proponía avanzar en un estudio comparativo y no realizaba una crítica negativa por la carencia de ese tipo de análisis en Sábato; por otra parte, Jorge Sábato no expresa que las características que adquieren los empresarios argentinos sea un atributo exclusivo de ellos sino que ese, específicamente, es su objeto de estudio.

En el año 2000 Roy Hora se suma al debate entorno a la clase dominante con “Terratenientes, empresarios y crecimiento industrial en la Argentina”,⁴¹ en el cual intenta demostrar la diferenciación de intereses entre la burguesía industrial y la terrateniente.

Desde un análisis de caso, inscribe su artículo en los debates acerca de la relación entre empresarios rurales e industriales englobando de forma muy sintética diferentes visiones al respecto; hace hincapié, que es en definitiva con la que intenta discutir, en la de Peña-Sábato-Schvarzer. Según Hora, para ellos “la experiencia argentina ilustra no tanto una oposición entre empresarios industriales y terratenientes como la conformación de una única y poderosa clase empresaria que habría obtenido el control de todos los sectores de la economía, agricultura, industria, comercio y finanzas. Como resultado de la ausencia de fraccionamientos entre los sectores propietarios, concluyen estos autores, ni el marco institucional ni las políticas estatales habrían resultado objeto de conflicto o discusión en este período de expansión agraria.”⁴²

Como vimos, las tesis de los autores insertos en el debate no nos sugiere la idea de una clase empresaria con control de “todos” los sectores de la economía y la de “ausencia” de fraccionamientos y conflictos entre los sectores mencionados. Suponemos que Hora realiza una simplificación extrema respecto de las tesis con las que pretende discutir, una vez hecha la caricatura es fácil denostarla por simplista y reduccionista.

Por otra parte Roy Hora plantea que su “perspectiva se propone salir de un debate cuya productividad se ha agotado hace mucho tiempo”⁴³ pero contradictoriamente él mismo se inscribe en ese de-

⁴⁰ Barbero y Rocchi (2004), p. 132-133, y Barbero (2006), p. 161.

⁴¹ Hora (2000). Este artículo fue objeto de debate con Jorge Schvarzer a través de una serie de publicaciones en *Desarrollo Económico*. Ese artículo es un avance de su tesis doctoral publicada posteriormente: *Los terratenientes de la pampa argentina Una historia social y política, 1860-1945*, Siglo XXI, 2002.

⁴² Hora (2000), pp. 466-467.

⁴³ Hora (2001), p. 127.

bate supuestamente perimido, aún más afirma que su artículo “se propone contribuir a iluminar este debate a partir del análisis de una aspecto poco explorado”.⁴⁴

En su exposición Hora afirma que desde la crisis de 1890 hasta la Primera Guerra Mundial no existió “identificación de intereses entre terratenientes e industriales”;⁴⁵ ni Peña ni Sábato plantean, precisamente, una “identificación de intereses” entre estos grupos, es más, como mencionamos, de manera explícita Peña plantea la “unidad” que en términos de Hora podríamos denominar “acuerdo tácito de convivencia.”

A manera de síntesis se hace necesario revisar con más detalle la interpretación de Hora en función de observar en qué medida se aleja de las ideas con las que pretende discutir. Según el autor con la crisis del noventa, “Pellegrini lanzó un programa de reforma fiscal destinado a contrarrestar los efectos de la depresión económica. Con la intención de incrementar el ingreso fiscal y el saldo positivo de la balanza comercial, el gobierno impulsó la elevación de tarifas aduaneras...” pero también para “contribuir a diversificar la actividad económica”.⁴⁶ Por su parte “a los estancieros les preocupaba que las tarifas aduaneras que protegían a estas industrias concitaran represalias contra las exportaciones rurales.”⁴⁷

Roy Hora nos muestra cómo ante una situación coyuntural de crisis, el gobierno implementaba una política económica tendiente a su superación, en este caso la elevación de las tarifas aduaneras con un claro objetivo fiscal y tendiente a alivianar los efectos de la balanza comercial y por ende del balance de pagos. Similar al planteo de Schvarzer y acorde al pensamiento de Peña en cuanto al funcionamiento de los sectores de la clase dominante durante las crisis.

Observada esta situación en términos políticos el autor nos comenta que “Pueyrredón no exageraba cuando llamaba la atención sobre la fortaleza de los sectores industriales en el Parlamento argentino... En la década de 1890, un clima proteccionista predominaba en el Congreso.”⁴⁸ En este sentido el autor realiza una clara identificación entre elevación de tarifas y proteccionismo (aunque previamente plantea que es por otros motivos) y posiciona a los industriales como un grupo lo suficientemente poderoso como para presionar en el Parlamento e imponer su propia política económica ya que “los terratenientes advertían que el PAN, la fuerza política dominante de la República Oligárquica, ofrecía el principal canal a través del cual los industriales hacían sentir sus demandas (...) aunque estuvo lejos de ser un partido industrialista”.⁴⁹ Entonces había o no había una política industrialista, era el PAN un partido que representaba los intereses de los industriales o no, los industriales eran o no un grupo con intereses claramente definidos y hasta qué punto tenían capacidad de presión; aquello que declamaban los estan-

⁴⁴ Hora (2000), p. 467.

⁴⁵ Hora (2000), p. 468.

⁴⁶ Hora (2000), p. 469.

⁴⁷ Hora (2000), p. 471.

⁴⁸ Hora (2000), p. 476.

⁴⁹ Hora (2000), p. 479.

cieros hasta qué punto constituía un peligro real y en qué medida esa política implementada les permitía diversificar sus inversiones hacia actividades manufactureras.

El autor destaca que una vez sorteada la crisis de 1890 y siendo la Argentina menos vulnerable a los mercados externos que compraban sus productos, “superada la etapa de inquietud que éstos (los estancieros) manifestaron en los años noventa, para el cambio de siglo comenzó a advertirse mejor que el desarrollo industrial no perjudicaba sus intereses, y que resultaba inofensivo para la expansión agraria.” A lo que Peña agregaría que ese desarrollo “pseudoindustrial” ayudaba a negociar mejor sus productos en el mercado internacional. Y Hora aclara que “si bien las tarifas aduaneras continuaron indicando las intenciones proteccionistas de la elite gobernante, la ausencia de una política crediticia más favorable a la industria revela bien los límites de su industrialismo.”⁵⁰ Entonces existió o no una política industrialista, las tarifas eran para recaudar o para proteger, es bien sabido que esa medida de política económica por sí sola no sugiere ningún tipo de proteccionismo.

El autor nos aclara todas las dudas con esta afirmación: “Durante esta década notable, los productores rurales finalmente llegaron a la conclusión de que el desarrollo industrial resultaba compatible con la expansión agraria. Desde entonces aprendieron a aceptar la presencia de una economía más compleja, que no sólo no presentaba amenaza alguna a su posición eminente, sino que **también ofrecía oportunidades para hacer negocios a estancieros emprendedores o con una base territorial suficiente**”⁵¹ y en su visión, medidas que podrían ser tildadas de proteccionistas intranquilizaron a los productores rurales en contexto de crisis.

En este punto creemos necesario recordar las ideas de Peña acerca de las relaciones entre la clase terrateniente y la burguesía industrial argentinas. “La burguesía industrial ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación en su seno. Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separa, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes. Sin embargo sobre esa unidad de intereses SE PRODUJERON MUCHAS VECES ROCES en torno al problema del proteccionismo reclamado siempre por los industriales, y el librecambio, exigido a veces por los terratenientes. Digo a veces, porque es totalmente falso que en la Argentina los terratenientes hayan sido siempre librecambistas. Sin embargo, sobre la unidad general de intereses SE PRODUJERON ALGUNOS ROCES PROVENIENTES DE QUE LOS TERRATENIENTES QUE VENDIAN TRANQUILAMENTE SUS PRODUCTOS EN EL MERCADO MUNDIAL, NO VACILABAN EN SACRIFICAR LA INDUSTRIA ARGENTINA A LA COMPETENCIA EXTRANJERA. Los industriales en cambio demandaban protección para la industria, pidiendo que se restringiera la importación de mercancías, atrayendo así al país capitales extranjeros que las producirían aquí. En esto consistía todo su nacionalis-

⁵⁰ Hora (2000), p. 486.

⁵¹ Hora (2000), p. 487. La negrita es nuestra.

mo... Mucho es lo que une a estas clases, social y económicamente, como para que sus ROCES vayan mucho más allá del intercambio de solicitudes a favor o en contra de la importación de tractores.”⁵²

Entonces tanto para Peña como para Hora ambos sectores resultaban ser complementarios; al mismo tiempo, tanto para Sábato como para Hora, el sector industrial era una de las tantas oportunidades de negocios que se presentaban durante el período para la capitalización de la renta agraria; por otro lado, tanto para Peña como para Hora, en los momentos de crisis es cuando los roces se vuelven más virulentos, superada ésta los conflictos desaparecen o merman.

Por su parte Hora aclara que “durante las dos últimas décadas del siglo XIX la Argentina asistió a la emergencia de un sector industrial moderno de ciertas proporciones, (ni Peña ni Sábato ni Schvarzer lo discuten) y de políticas que, además de atender problemas fiscales estaban orientadas a favorecer su crecimiento.” Lo cual es corroborado por Schvarzer cuando plantea que “los gobiernos argentinos en ese período no necesitaron en proteger algunas industrias con garantías de ganancias, créditos, subsidios y aranceles.”⁵³

Por otro lado cabe destacar la tajante diferenciación que realiza el autor entre los terratenientes y los partidos políticos, el PAN que en definitiva implementó el modelo agroexportador, según él, no respondía a los intereses de los estancieros productores de bienes exportables; haciéndose eco de la visión que los mismos terratenientes expresaban en las distintas coyunturas.

Sumándose a la visión de los críticos anteriormente mencionados, la falta de empirismo y de análisis comparativo son algunas de las carencias que Hora encuentra en la obra de Sábato; por ejemplo señala si los conflictos entre terratenientes e industriales en Argentina tuvieron “...menor hondura que los que enfrentaron entre sí a los empresarios norteamericanos, los franceses, los mexicanos, los chilenos, los colombianos o los brasileños de ese período?”⁵⁴ La respuesta podría ser tan vaga como la pregunta, los actores sociales aparecen estereotipados (¿es lo mismo el industrial norteamericano que el brasileño o el terrateniente francés que el chileno? ¿La burguesía es idéntica en todas las naciones?). A simple vista podríamos decir que los conflictos entre los diferentes sectores sociales en algunos casos no se quedaron tan solo en roces sino que avanzaron hasta una guerra civil, aunque no descartamos que alguno de esos actores hubiera tenido algunos rasgos similares a su par argentino. Interrogantes tan generalizadores solo tienden a respuestas ligeras y por ende a una falsa interpretación de los hechos.

Por su parte, Andrés López realizó una síntesis sobre las visiones acerca de los empresarios en Argentina, en ella diferencia entre dos vertientes: la “ortodoxa” y la “heterodoxa”. En esta última el autor sitúa a Sábato y a Schvarzer, reconociendo una fuerte tradición en Peña, y a otros estudiosos de la historia argentina como Basualdo y O’Donnell.

⁵² Peña (1974), pp. 23-24; mayúsculas en el original.

⁵³ Schvarzer (1996), p. 108.

⁵⁴ Hora (2001), p. 128.

En principio, López describe sintéticamente las tesis de Sábato, donde muestra una lectura minuciosa del autor. Por otra parte, también remite a la carencia de análisis comparativos desde esta teoría con empresarios de otras partes del mundo.

Según López las tesis sabatianas son las de más aceptación no solo en los intelectuales sino también en la población en su conjunto, si eso es así habría que indagar los motivos de esas creencia, ¿será porque somos un país exitoso y los empresarios lideraron ese proceso que nos condujo al desarrollo?

Más adelante, López realiza un recorrido histórico basándose en diversos autores de lo que el denomina línea “ortodoxa” que por supuesto, al igual que los críticos anteriores, reconoce han demostrado sus hipótesis y no han utilizado el “método hipotético-deductivo”.

No es intención de este trabajo examinar la obra de López sino simplemente remitirnos a las críticas que realiza de las tesis de Peña, Sábato y Schvarzer. Entre otras cosas, a modo de síntesis el autor nos plantea “que la creencia “heterodoxa” de que el país ha carecido históricamente de empresarios “schumpeterianos” no tiene sustento en tanto que: i) se basa en un ideal de empresario ‘schumpeteriano’ no contrastado contra ningún otro caso nacional concreto (con lo cual se asume implícitamente que en otros países de desarrollo tardío los empresarios se abstenían de aprovechar las fuentes de rentas ‘no innovativas’); ii) supone, de forma implícita, que la misma clase dominante se ha mantenido permanentemente en control del poder económico político de nuestro país (sin que ese supuesto esté avalado por la evidencia empírica); iii) fuerza -en contra de la evidencia disponible- la búsqueda de un modelo único de comportamiento empresario”; “iv) parte de un “prejuicio anti-empleado” (y, en muchas ocasiones, anti-capitalista).”⁵⁵

Veamos algunas cuestiones acerca de esta lectura que Lopez realiza de los autores:

i) Schumpeter analizó las características de los empresarios de principios de siglo XX en un espacio y tiempo concreto, error sería buscar esos empresarios en otro tiempo y espacio; ello no significa que existan otros empresarios que tengan rasgos schumpeterianos incluso acá en la Argentina, hecho que no desconoce por ejemplo Schvarzer (ver *La industria que supimos conseguir*). Por otra parte, de no existir análisis comparativos porque realizar conjeturas apresuradas basadas en un método hipotético-deductivo. De todas formas los “heterodoxos” no son los que buscan desesperadamente al empresario schumpeteriano, sino que, en este caso, bucean en el pasado tratando de reconstruir las características de los empresarios locales y de esa forma realizar una lectura más precisa de la realidad

ii) El supuesto implícito solo aparece en la lectura que realiza López ya que nunca la corriente que el denomina heterodoxa insinuó siquiera que la clase dominante estuviera conformada de la misma manera en el largo plazo y que esta clase tiene “intereses naturalmente rentísticos”,⁵⁶ al contrario las ideas de Peña y Sábato avanzan en el análisis de los cambios y las continuidades en el devenir histórico exclu-

⁵⁵ Lopez (2006), p.276.

⁵⁶ Lopez (2006), p. 98.

yendo de manera explícita la idea de un comportamiento inmanente de los actores sociales sino como una derivación de las condiciones objetivas.

iii) Dejando de lado la crítica a la falta de evidencia empírica (que no merece ser aclarada nuevamente), los autores “heterodoxos” no señalan un único comportamiento empresarial sino que aquellos que se erigen en la cúspide de la clase dominante son los que tienen el tipo de comportamiento detallado más arriba. Por ejemplo Schvarzer plantea que “no todos los grandes hombres de negocios mostraron el mismo interés por la industria ni todos entraron en esa actividad. Las diferencias de percepciones y perspectivas, las diferencias de capacidad económica y, sin duda, los acuerdos reservados, o implícitos, de reparto de mercados, constituyeron factores decisivos en la selección de los miembros de ese grupo que ingresó en la rama fabril.”⁵⁷

iv) Debemos destacar que los autores denominados “heterodoxos” tienen por lo general raíces marxistas así que cierto “prejuicio” anticapitalista deben tener por supuesto (a no ser que creamos que la ciencia es objetiva), pero si bien el marxismo es un paradigma (al igual que el liberalismo) en el que se sitúa el sujeto para indagar al objeto no por ello obnubila sino que orienta las preguntas y la búsqueda; siguiendo el razonamiento de los críticos podría señalarse que hay un prejuicio pro-empresario cuando el análisis se realiza desde un paradigma liberal.

En estas críticas López resume las posiciones más enconadas hacia las tesis (aunque no demostradas según el autor lo que nos remitiría en rigor a hipótesis) “heterodoxas”; claro que para ello, al igual que los autores en los que se basa, termina haciendo una caricatura de ellas.

López intenta mostrar que “elementos que son tomados en la literatura recibida como signo de actitudes especulativas -las estrategias de diversificación o integración vertical- no solo no han sido una peculiaridad argentina sino que fueron generalmente respuestas empresarias racionales frente a determinados contextos macroeconómicos institucionales (caracterizados por la presencia de riesgos e incertidumbre, fuertes costos de transacción, fallas de mercado, etc.)”⁵⁸ Si esto es lo que intenta demostrar, cosa que no hace de manera empírica en lo absoluto, precisamente entonces intenta demostrar la tesis de Sábato quien insistió en la racionalidad económica y no en lo “innato” de la clase dominante para mostrar su comportamiento.

⁵⁷ Schvarzer (1996), p. 98.

⁵⁸ López (2006), p. 89.

Consideraciones finales

Cuando Jorge Schvarzer realizó la presentación del libro *La clase dominante en la Argentina moderna* no dudó en que las ideas allí vertidas generarían debates como tampoco descartó la posibilidad de que algunos conceptos, ante la carencia de un desarrollo teórico mayor, pudieran generar controversias.

Evidentemente, las tesis de Peña como las de Sábato marcaron un punto de inflexión en la historiografía, de alguna manera han sido guía de los debates hasta el día de hoy. Su importancia no radica tanto en lo novedosas de sus apreciaciones sino en la complejidad y profundidad del análisis y, lejos de ser dogmáticas, permiten un mejor abordaje del proceso histórico.

Cuanto más han sido demostradas estas tesis, más fuertes y con mayor énfasis han sido los ataques a ellas. Cuanto más se cristalizaba la decadencia del modelo neoliberal, más los intelectuales que consensuaron esas políticas, se esforzaban, y aún lo hacen, en mostrar que los empresarios argentinos bien podrían haber sido los protagonistas de la revolución industrial británica o norteamericana. Paradójicamente, Peña, Sábato y Schvarzer parecieran reclamar la existencia de una burguesía capaz de impulsar transformaciones sociales y económicas en pos del desarrollo.

Observamos que en algunos casos, existen coincidencias importantes entre las ideas de Peña, Sábato, Schvarzer y sus críticos, aún cuando estos pretenden alejarse de ellas caricaturizándolas. En realidad al hacer una presentación esquemática de las ideas de Peña y Sábato logran la diferenciación pero una lectura atenta y matizada permite advertir mayores puntos de contacto y en muchos casos la reafirmación de esas ideas y su pertinencia y actualidad como guía de investigación y análisis.

Nunca la evidencia empírica es suficiente para un historiador, pero si bien podríamos coincidir en que no están plenamente demostradas las hipótesis de Peña, Sábato y Schvarzer estamos más lejos de demostrar que los empresarios tuvieron un comportamiento fuertemente inversor, no especulativo, que tomaron los riesgos propios del mercado y que no tomaron beneficios del Estado; y si ellos son una parte importante de la clase dominante, qué incidencia tuvieron en el (sub)desarrollo de la Argentina.

La realidad actual impone que continuemos haciendo a la historia preguntas parecidas a las que hacían Peña, Sábato y Schvarzer en tanto se pretende explicar la situación actual de la Argentina, que dista de ser un país venturoso; por lo tanto, creemos que el debate no está agotado y que no ha sido superado, aún cuando muchos pretendan (o sea moda) descalificarlo.

Bibliografía

- 📖 Barbero, María (1995); “Treinta años de estudios sobre la historia de empresas en la Argentina”, en *Ciclos*, nro. 8.
- 📖 Barbero, María (2006); “La historia de empresas en la Argentina”, en Gelmam, Jorge (comp.); *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*. Buenos Aires, Prometeo.
- 📖 Barbero, María y Rocchi, Fernando (2002); “Empresarios, empresas y organizaciones empresarias.” En *Nueva Historia de la Nación Argentina*. 9. Planeta.
- 📖 Barbero, María y Fernando Rocchi (2004); “Cultura, sociedad, economía y nuevos sujetos de la Historia.” En Bragoni, Beatriz (ed.); *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina*. Buenos Aires, Prometeo.
- 📖 Cortés Conde, Roberto (1990); “La historiografía económica argentina en los últimos años”, en *Historia Argentina (1958-1988): una evaluación crítica de la producción histórica argentina*. Buenos Aires: Comité Internacional de Ciencias Históricas - Comité Argentino.
- 📖 Dorfman, Alfredo (1970); *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
- 📖 Ferns, H. S. (1968); *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
- 📖 Hora, Roy (2000); “Terratenientes, empresarios y crecimiento industrial en la Argentina”, en *Desarrollo Económico*, nro. 159, oct-dic.
- 📖 Hora, Roy (2001); “Terratenientes, industriales y clase dominante en la Argentina: respuesta a una crítica”, en *Desarrollo Económico*, nro. 161, abril-junio.
- 📖 Hora Roy (2002); *Los terratenientes de la pampa argentina Una historia social y política, 1860-1945*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- 📖 Laclau, Ernesto (1975); “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno”, en Marcos Giménez Zapiola (ed) *El régimen oligárquico*, Buenos Aires, Amorrortu.
- 📖 Lenin, Vladimir (1983); *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Buenos Aires, Anteo.
- 📖 López, Andrés (2006); *Empresarios, instituciones y desarrollo económico: El caso argentino*. Buenos Aires, CEPAL.
- 📖 Mariátegui, José Carlos (1929); “Punto de vista antiimperialista”. En *Obra política*, México, Era, 1979.
- 📖 Marx, Karl (1973); *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica.
- 📖 Murmis y Portantiero (1971); *Los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- 📖 Palacio, Juan (1996); “Jorge Sábato y la historiografía rural pampeana: el problema del otro.” En *Entrepasados*, nro. 10, Buenos Aires.
- 📖 O'Donnell, Guillermo (1977); “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”, en *Desarrollo Económico*, vol.16, nro. 64, enero-marzo.
- 📖 Peña, Miliciades (1968); *De Mitre a Roca*, Buenos Aires, Ed. Fichas.

- 📖 Peña, Milcíades (1972); *El paraíso terrateniente*, Buenos Aires, Ed. Fichas.
- 📖 Peña, Milcíades (1973a); *Antes de mayo., formas sociales del trasplante español al nuevo mundo*, Buenos Aires, Ed. Fichas.
- 📖 Peña, Milcíades (1973b); *La clase dirigente frente al imperialismo*, Buenos Aires, Ed. Fichas.
- 📖 Peña, Milcíades (1973c); *Alberdi, Sarmiento, el 90*, Buenos Aires, Ed. Fichas.
- 📖 Peña, Milcíades (1974); *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Buenos Aires, Ed. Fichas.
- 📖 Peña, Milcíades (1975a); *La era de mitre*, Buenos Aires, Ed. Fichas.
- 📖 Peña, Milcíades (1975b); *Masas, caudillos y elite*, Buenos Aires, Ed. Fichas.
- 📖 Peña, Milcíades (1986); *Industrialización y clases sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- 📖 Pucciarelli, Alfredo (1986); *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- 📖 Regalsky, Andrés (1986); *Las inversiones extranjeras en la Argentina (1860-1914)*, Buenos Aires, CEAL.
- 📖 Regalsky, Andrés (2005); “Financistas, empresarios y clase dominante en la Argentina antes de 1930. Algunas reflexiones críticas.” En *Ciclos*, nro. 30.
- 📖 Regalsky, Andrés (2011); “Los comienzos de la industrialización en la Argentina, 1880-1930. Una aproximación historiográfica”, en *Anuario de la Escuela de Historia*, nro. 23, Rosario, Universidad Nacional de Rosario.
- 📖 Rougier, Marcelo (2008); “In Memoria Jorge Schvarzer (1938-2008)”, en *Revista H-industri@* Año 2, Nro. 3, 2do. semestre de 2008.
- 📖 Rocchi, Fernando (1996); “En busca del empresario perdido: los industriales argentinos y las tesis de Jorge Federico Sábato.” En *Entre pasados*, nro. 10.
- 📖 Sábato, Jorge (1991); *La clase dominante en la Argentina moderna*. CISEA/Imago Mundi.
- 📖 Sábato, Jorge (1995); “Sobre la clase dominante argentina y el estancamiento económico. Réplica a Larry Sawers”, en *Ciclos*, nro. 8.
- 📖 Sartelli, Eduardo (1996); “El enigma de Proteo. A propósito de Jorge F. Sábato, Larry Sawers y el estancamiento de la economía argentina”, en *Ciclos*, nro. 10.
- 📖 Schvarzer, Jorge (1991); *Empresarios del pasado. La Unión Industrial Argentina*, Buenos Aires, CISEA/Imago Mundi.
- 📖 Schvarzer, Jorge (1993); “Entorno macro y política arancelaria”, en *Boletín Techint*, nro. 279.
- 📖 Schvarzer, Jorge (1996); *La industria que supimos conseguir*, Buenos Aires, Planeta.
- 📖 Schvarzer, Jorge (2001); “Terratenientes, industriales y clase dominante en el ya antiguo debate sobre el desarrollo argentino”, en *Desarrollo Económico*, nro. 161, abril-junio.
- 📖 Schvarzer, Jorge (2004); “De nuevo sobre la burguesía nacional. Una nota con fines didácticos.” En *Realidad Económica*, nro. 201.
- 📖 Tarcus, Horacio (1996); *El marxismo olvidado en la Argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.